



Bloc de notas

POR LUIS M. ALONSO

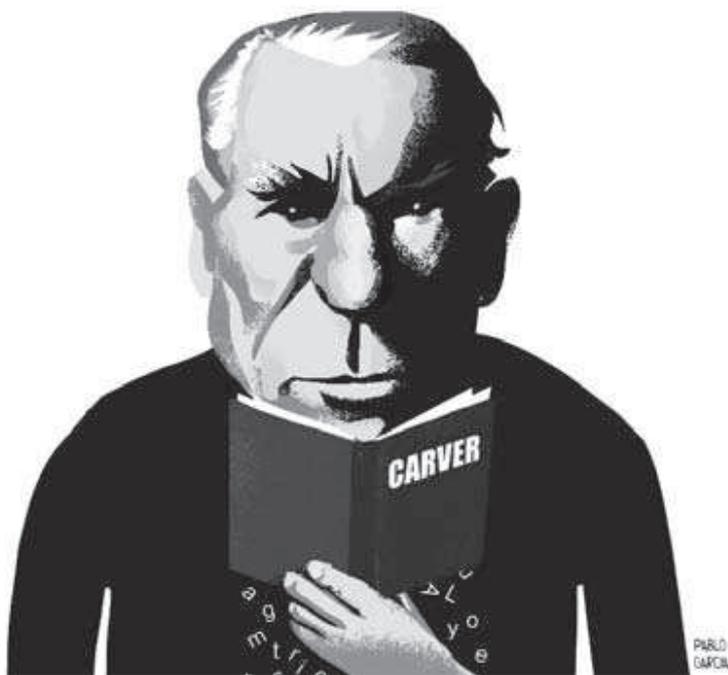
Perturbador Gordon Lish

En **Epígrafe**, el editor que pulió los cuentos de **Raymond Carver**, hasta hacerlo portador de un estilo imitado por decenas de autores, narra el delirio epistolar de un viudo afligido llamado igual que él

En el siglo XVIII, cerca del final de su vida, **Tobias Smollett** confesó que la mayor dificultad radicaba en ser a la vez escritor y editor. Seguramente no le faltaba razón. Aquellos a los que había ofendido con sus decisiones editoriales fueron siempre los más dispuestos a descargarse frustraciones en contra de sus novelas. De **Gordon Lish**, su amigo **Don DeLillo** ha dicho que es «famoso por motivos equivocados», refiriéndose a que su actividad editorial ha servido en ocasiones para empañar su reputación como escritor. Quienes lean **Epígrafe**, igual que quienes hayan leído antes **Perú**, probablemente no tengan dudas de que el hombre que reescribió los cuentos de **Raymond Carver** es, a su vez, un singularísimo, intenso y magnífico autor. El narrador reconstruía de manera desasosegante en **Perú**, publicada en 2009, un crimen cometido cuando tenía seis años, que le costó la vida a un niño de la misma edad.

En esto de la edición anglosajona llueve sobre mojado. **Vladimir Nabokov** tenía a los editores por seres paternales, pomposos y brutos. **T. S. Eliot** se conformaba con decir de ellos que su familiaridad con la escritura simplemente no existía. Y **Kingsley Amis**, aspirante eterno, los llamaba jardineros en celo dispuestos a podar cualquier frase feliz, preferentemente aquellas que imprimen sentido al argumento y, si fuera posible, las esenciales para la comprensión de cualquier obra.

Carver, sin embargo, fue mucho más generoso con Gordon Lish. Escribió que si gozaba de algún prestigio, reputación o credibilidad literaria en el mundo se lo debía a su editor. También reconoció su deuda diciendo que los fragmentos de los cuentos que Lish había podado o mejorado no merecían redención. Tenía todos los motivos para sentirse agradecido.



Epígrafe
Gordon Lish
Periférica, 2011,
150 páginas,
17,50 euros

Unos meses antes, su colección de relatos **De qué hablamos cuando hablamos de amor** había obtenido un resonante éxito y todavía hoy recibe aclamaciones en el mundo de las letras. Cuando recientemente se publicó la versión original, bajo el título de **Principiantes**, hubo unanimidad en que la tija o el bisturí de Lish, como prefieran, había obrado

milagros. En su época de Knopf era conocido como **Captain Fiction**.

El libro, podado en casi un cincuenta por ciento, hizo a Carver famoso y rico. Desde entonces, se le considera piedra angular no sólo de la reputación del autor, sino de todo un movimiento literario que incluye, entre otros, a **Richard Ford**, **Jayne Anne Phillips**, **Tobias Wolf** y **Amy Hempel**. Pocos escritores y libros han sido tan imitados en la última mitad del siglo pasado. De vivir, Carver podría sentirse a resguardo del sol bajo la sombra de todos sus epígonos.

Periférica, empeñada en divulgar la obra de Lish, publica ahora **Epígrafe**, donde un viudo que se llama igual que propio autor del libro se dirige por medio de cartas sin datar a las personas o congregaciones con las que su esposa, recién fallecida, mantuvo contactos antes de morir. El resultado es delirante de principio a fin: en las cartas se reconstruye tanto la agonia de la mujer como se dirimen los asuntos pendientes de la difunta.

En **Epígrafe**, la aflicción del viudo se mezcla continuamente con el agradecimiento, también en lo del repudio, hasta llegar al paroxismo. La prosa se reparte entre la obsesión por la pérdida y los reproches hacia la vida. Como, por ejemplo, la carta que el señor Lish dirige a la Corte de Justicia para implorarle que no vuelvan a citar a la muerta para formar parte del jurado. Y la insistencia dramática (¿o humorística?) en recordarles que, de vivir, tampoco podría acudir por su estado, ya que ninguna de sus partes, excepto párpados y ojos, «ha sido capaz de ejecutar la más insignificante de las tareas». Dos citas, de **Julia Kristeva** y de **Nietzsche**, al principio y al final, junto con una nota del corrector indicando el orden en que se deben leer las cartas completan el delirante epistolar: un guiño a los lectores más cómplices.

Tinta fresca

El baile de los vampiros



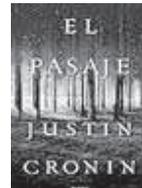
TINO
PERTIERRA

Si te dicen que **El pasaje** va de vampiros, lo normal es que te entren escalofríos. No de terror, sino de hastío. El éxito de **Crepúsculo**, a todas luces justificado como producto comercial sin una sola pizca de literatura que llevarse a los colmillos, ha puesto en estado de alerta al buen lector de literatura fantástica contra cualquier novedad que lleve chupasangres dentro. Esas precauciones lógicas y necesarias para

que no te den rata por murciélago no deben impedir dejar pasar a los títulos que se aprovechan de la nueva moda pero ofreciendo algo más. Y **Justin Cronin** tiene unos créditos que le hacen merecer esa oportunidad. Autor de novelas de las etiquetadas como «serias», que le dieron no pocos premios y seguramente poca pasta, Cronin cambió el chip y se dejó de historias intimistas y poco espectaculares para lanzarse a la épica terrorífica, o al terror épico. El resultado es **El pasaje**, y es muy estimulante. Comercial, sin duda: las editoriales se pegaron por ella, ya hay dos títulos más en el horizonte y el cine le tira los tejos. Pero también un libro muy bien escrito, con

estilo personal nada adocenado, con personajes que escapan del estereotipo, descripciones que van más allá del telegrama y una estructura que no parece un guión estirado.

No estamos ante un devoto de Bram Stoker, sino ante un lector atento de un enorme escritor no todo lo reconocido que debiera (**Richard Matheson**) y otro al que algún día se le reconocerá como mucho más que un simple fabricante de «best sellers»: **Stephen King**. Al primero se le debe una obra maestra, **Soy leyenda**, y al segundo hay que honrarle por su memorable **Salem's Lot**. Cronin busca escenarios exóticos, recurre a la dualidad moral de que lo que es salvador para unos puede ser



El pasaje
Justin Cronin
Umbriel

mortal para otros, y pone en solfa a los que ordenan y desordenan en el Pentágono con resultados catastróficos. Hay niña (huérfana, para más señas) con habilidades más que extraordinarias y un agente de la ley que de típico galán tiene poco. Lo que más sorprende, en cualquier caso, al margen de la capacidad del autor para contar historias que ya hemos leído o visto hasta la saciedad con un vigor, una veracidad y una sensibilidad poco frecuentes (no mete sustos de saldo ni toma al lector por idiota), es el brusco giro argumental que, también heredado sin duda de King, transforma la narración en una aventura más apocalíptica y desintegrada, tipo **La carretera**. Y la cosa funciona.